

## «CANTE, CANTE, FLACO SERRAT»

1969

— Alejandro, necesito que saques a Juan al aire.  
—¿Vos estás loco? ¡Mirá lo que es la pinta de este tipo...!

—No, pero mirá...

—¿Vos viste la pinta de zaparrastroso que tiene? Yo no lo puedo sacar al aire así, perdoname, Alfredo...

—Alejandro, por favor, me tenés que hacer caso...

—No, por favor, ¡yo no puedo meter a alguien así en el estudio del canal!

—Alejandro, por favor, yo necesito que este tipo cante al aire... y no te vas a olvidar nunca de este día: Juan se va a transformar en el Número Uno.

—Me metés en cada una vos... Bueno, no sé, está bien, una canción y basta, ¿eh?

—Dale, perfecto. Vos dejalo una canción y nada más.

Las negociaciones eran tensas.

El director general de Canal 9, Alejandro Romay, viejo conocedor de los trucos que pergeñaban los representantes del espectáculo local, aceptó —pese a todo— el pedido de Alfredo Capalbo, un empresario que, en pleno ascenso, bregaba por sus cantantes en el estudio de televisión de los programas ómnibus de los sábados por la tarde.

No le costó tanto.

El joven de pelo largo, patillas gruesas y un par de lunares en la mejilla cantó un tema y el público lo miró de reojo. En la segunda canción, el seseo de su entonación llamó la atención de golpe: lo aplaudieron fuerte. Sobre el tercer tema, la pequeña platea estalló en júbilo.<sup>1</sup>

En el living de su casa, Rosa Perel —una adolescente de trece años— prendió justo en ese momento la televisión: un Zenith, pesado y grande. Era fin de año: estaba por terminar el primer año de su secundaria, en Villa Ballester, en el partido de General San Martín, provincia de Buenos Aires. Una localidad poblada por inmigrantes judíos, rusos y polacos, obreros y textiles. Era la mayor de tres hermanas, y el sábado por la tarde, aburrida, tanteó la perilla, la giró y cambió de canal. El blanco y negro de la pantalla le devolvió la imagen de un muchacho, largo, que se contorneaba detrás de un decorado con forma de corazón y el logo que identificaba a ese programa, que hilvanaba las letras con el nombre y el apellido del cantante: «Juan Manuel Serrat».

La chica saltó del sillón, tomó el auricular del teléfono y discó el número de su mejor amiga, Claudia, mientras desde el parlante del televisor sonaban los acordes finales de la canción: era «Tu nombre me sabe a hierba».

—¡Me enamoré! ¡Me enamoré! ¿Quién es? ¿De dónde salió? ¿Por qué canta con ese acento?

El programa se llamaba *Sábados de la bondad*. Era a beneficio de los hospitales, se pasaba por Canal 9, y estaba producido por Romay. La conducción estaba a cargo de Héctor Coire desde el año anterior, 1968.<sup>2</sup>

*Tu nombre me sabe a hierba* fue su primer disco que se editó en la Argentina, en 1969. El mismo año que Neil Armstrong, el comandante del Apolo XI, pisaba por primera vez la Luna, Serrat —que no pasaba los 25 años— arrasó en Buenos Aires.

<sup>1</sup> La anécdota de aquellos primeros tiempos fue narrada por Alejandra Capalbo, la hija de Alfredo. Es probable que Serrat no estuviera al tanto de estas negociaciones con Alejandro Romay, y que jamás se haya enterado de estos diálogos, porque el empresario trataba de «preservar» a sus artistas. Ricardo Horvath y Gustavo Yankelevich, en diferentes reportajes, también confirmaron aquella primera actuación en Canal 9 y la relación con el productor de televisión.

<sup>2</sup> Unos años después, Leonardo Simmons fue el nuevo presentador de ese ciclo.

\*\*\*

Entre la década del sesenta y setenta, el Festival de la Canción Popular, en Río de Janeiro, Brasil, y el Festival de Viña del Mar, en Chile, se presentaban como los dos grandes encuentros musicales en América latina.

Estos certámenes, de carácter competitivo, estaban inspirados en el famoso Festival de San Remo, en Italia, y eran eventos producidos por las televisoras locales que recién se iniciaban y copiaban la modalidad de la radio en sus programaciones. El Festival de Río solía reunir a las grandes figuras de la música popular internacional de un lado y otro del Atlántico. Había sido creado por iniciativa del periodista y escritor Augusto Marzagão, y tenía dos fases: una, nacional, para elegir la mejor canción brasileña, y la internacional, donde eran seleccionados los mejores temas de todos los países participantes —la competidora brasileña era la vencedora de la fase nacional—.

El director de orquesta, compositor y arreglista español Augusto Algueró compuso una partitura en 1969: su objetivo era llevar una nueva canción a Río. El primer representante de Serrat —y una de las figuras clave en su ascenso—, José María Lasso de la Vega, rápido como un rayo, se apuró a que el joven cantautor le pusiese una letra para subir también al escenario de aquel certamen. Serrat apuntó el lápiz y escribió un soneto en el que hablaba de una joven —con nombre de un personaje de la Odisea— que esperaba a su amado en el andén de una estación, con un bolso de piel marrón, sus zapatos de tacón y un vestido de domingo. Intentó ponerle su propia música pero no lo logró: Algueró la completó. La sociedad con Serrat no pasó nunca de aquel tema. Fue grabada en un single: del lado A, estaba «Penélope». En el B, «Tiempo de lluvia».

Serrat llegó a fines de octubre de 1969, donde finalmente la presentó en la IV edición de aquel certamen. La canción ganó en tres rubros: a Mejor Letra, Mejor Música y Mejor Interpretación.

El mismo Lasso de la Vega fue quien diseñó esa primera gira de Serrat por América latina que arrancaba en Brasil. Se trataba de una serie de conciertos que estaban previstos, en un principio, por solo tres meses. La agenda abarcaba México, Puerto Rico, Perú, Colom-

bia, Santo Domingo, Venezuela y, claro, la Argentina. Solo que concluyó recién en febrero de 1970.

Llevó el doble: 180 días.

«Amigos de la Argentina, soy Joan Manuel Serrat. Espero estar el próximo sábado con ustedes a través de Canal 9, en el programa *Sábados de la bondad*. Un abrazo a todos y hasta pronto», saludó desde la terraza del hotel Gloria, de camisa negra, un cigarrillo entre los dedos, el Corcovado y un par de palmeras —muy tropicales— como escenario de fondo.

La celebración por la premiación carioca llegó hasta Buenos Aires: lo aguardaban también Uruguay y Chile, donde conoció al poeta y escritor Pablo Neruda en su casa en Isla Negra y debutó en el Teatro Municipal de Santiago, en un concierto que se transmitió en vivo por la Televisión Nacional.<sup>3</sup> «Antes de viajar a América por primera vez, oí toda suerte de historias y advertencias: “Allá todo es más grande. Los mejillones son así... como melones. Hasta las ladillas son más grandes” o “En América nunca sirváis la bebida con la palma hacia arriba: lo tomarían como un desprecio”. El que hablaba desde el otro lado del whisky era el “Papa” Cunill apoyado en la mesa del Emporium, el viejo local donde ejercía como pianista».<sup>4</sup>

La primera entrevista que dio Serrat, apenas pisó Buenos Aires, fue solo dos o tres días después de desembarcar en 1969. Fue a Hugo Tomás Tiburcio Adelmar Guerrero de Ávila Marthineitz, un locutor peruano.<sup>5</sup>

Afuera, lo esperaba Miguel Gila, el gran maestro del humor de España —exiliado en la Argentina desde 1962, donde fundó una compañía de teatro, luego de estar preso en la cárcel de Torrijos junto al poeta Miguel Hernández— que le dejó su Torino para pasear por Buenos Aires, y lo alertó: «En este país te van a querer mucho. Ten

<sup>3</sup> Jorge Fernández Díaz recreó ese encuentro en *Aguafuertes sentimentales*, Planeta, 2016.

<sup>4</sup> Texto autobiográfico que acompaña el álbum en: Joan Manuel Serrat (2015). *Serrat. Antología desordenada*. Taller 83, Sony Music España.

<sup>5</sup> El dato pertenece a Carlos Salerno, un aficionado que guarda el audio de la entrevista. Unos años después, el locutor peruano condujo un programa, *A solas*, que fue una marca para la televisión local. El 9 de diciembre de 1969, Serrat también actuó en *Tropicana Club*, el programa de Canal 9.

paciencia. Lo único es que deberás aprender a comer los turrone con melón».<sup>6</sup>

\*\*\*

Alfredo Capalbo vio a Joan Manuel Serrat por primera vez en España: fue en uno de los conciertos que desde 1967 organizaba Lasso de la Vega. Los empresarios intercambiaban favores mientras llevaban a diferentes artistas de Madrid a Buenos Aires (o viceversa).

—Alfredo, necesito que traigas a Camilo Sesto a Buenos Aires, porque...

—Ajá...

—Pero mira que con este no vas a ver ¡ni una moneda!

—No te preocupes que...

—Y con este otro quizás te vaya mejor que con cualquiera...

Capalbo se ufanaba de firmar los contratos sin un peso en el bolsillo: era una jugada arriesgada. Fue, sin embargo, el mismo empresario quien gestionó aquellos primeros conciertos de Serrat en la Argentina y luego se transformó en su representante en Uruguay, Paraguay y Brasil. Era solo diez años mayor que el cantante y estaba decidido a invertir en las actuaciones de los artistas que, intuitivamente, se le presentaban como nuevas promesas. Era poco usual contar con sponsor: los costos de la producción o el *cachet* se negociaban solo de palabra, y la inversión inicial corría por cuenta propia.

Serrat y Capalbo tampoco firmaron nunca un solo papel.<sup>7</sup> El empresario costó el primer viaje a Buenos Aires: fueron, en total, 7.500 dólares. El año siguiente llevaba gastados 60 mil y no lograba recuperarlos. El manager —que se pavoneaba de haber negociado la llegada de Los Beatles a la Argentina (pese a que nunca lo logró), los conciertos de Ray Charles o Duke Ellington, y de propulsar la carrera de José Luis Perales, Django, Manolo Galván o Camilo Sesto en

<sup>6</sup> «Joan Manuel Serrat: “La canción es un ejercicio conmigo mismo de exprimirme, expresarme y comunicarme”», *Infobae*, 17 de marzo de 2018.

<sup>7</sup> Algunos señalan que Lasso de la Vega nunca tuvo oficina y firmaba siempre sus contratos sobre una servilleta en el bar de los aeropuertos.

Buenos Aires—, al mismo tiempo coordinaba los conciertos de Los Wawancó o Julio Iglesias (que celaba a Joan Manuel en su obsesión por llegar a los Estados Unidos, un mercado que al catalán poco y nada le importaba).<sup>8</sup>

Alfredo Capalbo tenía ocho años cuando murió su papá. Los cinco hermanos y la madre tuvieron que salir a trabajar y el niño abandonó el colegio. Su primer trabajo fue en una agencia de publicidad, sobre la calle Florida, que le proporcionó las primeras herramientas en el oficio. «Yo era chiquito y caminaba por Florida con un pie en el cordón y otro en la vereda para hacer más rápido, porque tenía que correr para llegar al trabajo», decía al recordar la pena de esos años. Después montó su propia empresa: representó a artistas del espectáculo hasta la década del 90. «Él decía que se le ocurrió ser representante porque era más fácil levantarse chicas», recordó su hija. Además de Lasso de la Vega, trabó relación con otros empresarios de España, donde focalizó también su mercado: Fernando Laborda, Alfredo Fraile y Manolo Sánchez. Era simpático pero también manipulador, fingido. «Eran vendedores de entretenimiento y trabajaban con números populares, no solo dignos, pues había que sostener la estructura de trabajo durante todo el año», soltó un cronista. A veces, se tornaba insoportable, sobre todo, cuando los medios —o los periodistas de *La Opinión*, *Radiolandia* o *TV Guía*— se transformaban en sus obsesiones.

Sobre fines de 1969 y todo aquel verano de 1970, sin embargo, Serrat no solo compartió camarines con Iglesias. También debutó en los estudios de televisión con otros dos cantantes, de su misma edad, y con quienes, más tarde, se volvieron a cruzar en diferentes escenarios. Uno era Ramón Bautista Ortega, llegaba del norte, más precisa-

<sup>8</sup> Los periodistas siempre insistieron en preguntar por ese recelo entre Serrat y Julio Iglesias desde los tiempos que se conocieron en Buenos Aires. El diario *Crónica* publicó, el 13 de septiembre de 1981, unas supuestas declaraciones del cantante en un artículo titulado «Serrat contra Julio Iglesias» donde, irónico, reflexionaba: «El éxito de Julio Iglesias se debe precisamente a que él no deja de repetirse durante las veinticuatro horas del día que es Julio Iglesias. Yo, en cambio, me adjudico el beneficio de la duda...Yo nunca hablaría de las canciones de Julio Iglesias en plural, porque a mi entender solo ha escrito una y la repite con ligeras variaciones. Cuando componga la segunda que me avisen».

mente de Lules, Tucumán. Era cantautor y actor, muy humilde, y lo apodaban «Palito». Se hicieron muy amigos. El otro provocaba con su boca carnosa y una pelvis inquieta, por el que las chicas también deliraban. Se llamaba Roberto Sánchez Ocampo, era de Valentín Alsina —el sur pobre y obrero de Buenos Aires— y, por esos días, era más conocido por un sobrenombre de sangre húngara y gitana: «Sandro».

Fue, de hecho, el mismo autor de «La felicidad» quien se apuró a editar algunas de las partituras del cantante en la Argentina: Serrat podría haberlo hecho con EMI-Odeón, la misma compañía que publicaba sus álbumes en Buenos Aires y, en cambio, optó por la editora de su amigo, CLANORT, y le cedió, gentil, la edición de las canciones y la representación de la obra.

—Tienes editorial, pues te daré mis canciones a ti...— le dijo.

La primera que se editó fue «Tu nombre me sabe a hierba». Le siguieron las partituras de «Balada de otoño» y «Manuel», con una portada en blanco y negro con el rostro del cantante.

Ramón Ortega nunca olvidó ese gesto.

Serrat se deslumbró con Buenos Aires: el vértigo social y político de aquellos tiempos le atrajo como pocas cosas. Eran los tiempos pos Mayo del 68 en Francia, la primavera de Praga, la revolución sexual y política. Su representante, por su lado, se ocupó de proporcionarle ciertas comodidades y moldearlo con sus gustos porteños: las visitas habituales al Hipódromo de Palermo, donde jugar a la cabeza de alguna potranca —en una época uno de sus caballos de cabecera fue Evaristo Carriego—, codearse con los jockeys y los cuidadores, propulsaron su gusto por la noche; las mieles de las chicas de las clases altas y el suburbio del tango con los maestros de la Vieja Guardia.

«Juan Manuel Serrat es un joven catalán y, lo que es más importante, es un artista de verdad. Su arte es un arte de integración, rompe con el falso muro entre lo popular y lo culto: las claras voces de los grandes poetas enredadas en los ritmos de hoy adquieren, por obra de Serrat, la auténtica universalidad que merecen (...). La conversación sale de los carriles convencionales (...). (Serrat) es un muchacho culto en el auténtico sentido de la palabra; sabe huir de la anécdota fácil, de la pequeñez vendedora de imagen, para transitar los grandes temas con una soltura y madurez que sorprende si se toman en cuen-

ta sus todavía cortos años», se sorprendió un cronista de *La Nación* que lo reportó a principios de diciembre en Buenos Aires.<sup>9</sup>

La primera cancha que pisó fue la de Quilmes. Llegó para ver un partido con Independiente. Estaba contento porque jugaban «Pepé» Santoro y Della Savia. «Recuerdo bien ese partido porque me mearon desde arriba cuando estaba sacando el boleto con un amigo. Después me hice de Boca por Alfredo Di Stéfano. Cuando él entrenaba al equipo, me introdujo en la escena *xeneixe*. Tal vez lo más natural, por sus orígenes, fundadores e ideas, es que hubiera sido de Ferro o de Argentinos Juniors. O quizás de San Lorenzo».<sup>10</sup>

Las gradas de Quilmes eran de tablones, como también los escenarios de los carnavales. Bajaba con su guitarra, y descerrajaba cinco o seis presentaciones por noche por todo el Conurbano: desde Tigre hasta Berisso, de Lanús a Ensenada, de San Miguel o Luján a Avellaneda. Capalbo, que no tomaba alcohol, lo llevaba de punta a punta en su propio auto. En el asiento de atrás siempre los acompañaba su hija, Alejandra, una pequeña que malcriaba al empresario. Para evitar los asaltos —frecuentes en esa época— también viajaba un guardaespaldas: «Peligro».

Sobre el final de ese verano de escenarios, clubes, carnavales y odiseas, con las primeras luces de la madrugada, cuando abría el refrigerador del hotel, al ver la luz, Serrat, por las dudas, se ponía a cantar.

\*\*\*

Los sábados por la noche, las caravanas de vecinos se movilizaban hacia los corsos, en medio de lámparas, colores, globos y el bullicio general entre el calor y la alegría de febrero: los carnavales de Avenida de Mayo —desde Bolívar hasta Luis Sáenz Peña, ornamentado con mascarones y guirnaldas de luces—, Villa del Parque, San Juan y Boedo, Liniers, La Boca, el Club Comunicaciones, San Lorenzo y Vélez Sarsfield estaban entre los preferidos por las familias de las barriadas.

<sup>9</sup> «El mundo ante los ojos de un muchacho», *La Nación*, 8 de diciembre de 1969.

<sup>10</sup> «Joan Manuel Serrat: “Buenos Aires es un lugar que amo y donde me siento amado”», por Miguel Frías, *Clarín*, 28 de diciembre de 2014.

Los Estropeados de Padilla, Los Mimamos de La Paternal, Los Pecosos de Chacarita, Los Parias de Totoral, Negrocan y la Escola do Samba de Vila Isabel, Brasil, estaban entre las comparsas que circulaban. Los chicos correteaban bajo el escenario, se escapaban de los chorros de espuma blanca o se mezclaban entre las serpentinas.

Mario Funes era uno de esos: no llegaba al metro y pico. Tenía solo diez años y, ese verano de 1970, iba colgado de la mano de una de sus hermanas mayores. Unos pasos más adelante caminaban sus padres que, cada medio segundo, se topaban con otros dos o tres docentes del barrio: ellos, que también eran maestros de la escuela local, los cruzaban con un beso o una palmada.

Los corsos que descerrajaban su estruendo estaban regados con los artistas populares del momento. Las orquestas de tango habían inaugurado —allá lejos, por la década del 20— sus más conspicuos bailes. Oliverio Gironde había escrito sobre esas maravillas del corso «con su olor a pomo y a sudor / y su voz falsa», imaginando cloroformo bajo los antifaces o muchachas delirantes que dejaban afuera sus senos en las comparsas, como un gesto final, cansado «de querer ser feliz». Los destellos de ese fulgor se apagaban solo con un edicto de la Policía que marcaba la prohibición a las personas mayores de quince años de escabullirse en un disfraz sin antes gestionar el permiso correspondiente en la comisaría más cercana.

El carnaval del Club Atlético San Miguel era famoso en el Conurbano de Buenos Aires, y sus bailes, también, poco menos que multitudinarios. Se colmaba con artistas y varietés de humor: Los Gatos, Manal o Vox Dei tocaban en sus escenarios. Los vecinos, por la tarde, se pertrechaban en los enfrentamientos de la D en el predio de Los Polvorines. La cancha de básquet, una piscina y el *bowling* —tan elegante— también eran parte de sus principales atractivos. Además de la pista de baile, la gente se arremolinaba para lanzar la «nieve» de los aerosoles o los lanzaperfume.<sup>11</sup>

*«Dice una voz popular: ¿Quién me presta una escalera para subir al madero para quitarle los clavos a Jesús, El Nazareno?»*

Se escuchó arriba del tablado. El cantante se corrió el flequillo. El escenario le quedaba grande. Se sentó en una banquetta y afinó

<sup>11</sup> El club El Tiro de El Palomar fue otro de los grandes escenarios donde actuó Serrat en el Conurbano.

la guitarra, con un acento que claramente no era del Conurbano, siguió un poco seseado:

*«Oh, La Saeta, el cantar/ al Cristo de los gitanos,/ siempre con sangre en las manos,/ siempre por desenclavar./ Cantar del pueblo andaluz/ que todas las primaveras/ anda pidiendo escaleras/ para subir a la cruz./ Cantar de la tierra mía/ que echa flores/ al Jesús de la agonía/ y es la fe de mis mayores./ ¡Oh, no eres tú mi cantar,/ no puedo cantar, ni quiero/ a este Jesús del madero/ sino al que anduvo en la mar!»*

Poco después, empezó a decir que Antonio Machado era su poeta favorito, que había luchado por una España mejor y que por eso le ponía melodías a sus poemas. Que, si querían, les cantaba una de esas canciones y, repitió:

*«Oh, no eres tú mi cantar... no puedo cantar, ni quiero a este Jesús del madero, sino al que anduvo en la mar.»*

El pequeño Mario lo escuchó, mientras apretaba el pomo de espuma sobre una de las nenas con las que jugaba. Las canciones le sonaban conocidas: eran las mismas que, por las tardes, escuchaba cuando su madre regresaba de la escuela y colocaba la púa sobre el vinilo. La solapa del álbum, que tanto había manoseado, mostraba a un muchacho, muy joven, de pantalón claro y una campera de cuero marrón, en alguna calle perdida de una ciudad —con puerto—, y un cigarrillo cayéndose de los labios. Los poemas de Machado, estremecidos por toda la casa, ahora sonaban en la voz del joven de la portada del álbum solo que arriba de un escenario.

Los Funes eran una familia numerosa: los salarios siempre eran bajos. No había lujos. Sin embargo, entre las pocas prioridades, algunas estaban en claro: «Para la salud y los libros siempre habrá plata». La salida al Club Atlético San Miguel, esa noche, por eso mismo, fue preciada: eran pocas las oportunidades donde los seis integrantes costeaban la entrada a un concierto y se daban el gusto del siglo. Esa noche, Mario alcanzó a ver cómo su madre manoteó los prismáticos de la cartera. El chico no recuerda, desde entonces, que tuviera admiración por ningún cantante, pero sí cómo insistió la mujer, a toda su familia, en no olvidarse ese aparato. Esa noche de carnaval, pringosa, no pensaba perdersela por nada del mundo: se anunciaba la actuación de Joan Manuel Serrat en el club de la calle Ángel D'Elía 1360.

—No nos olvidemos el binocular, no nos olvidemos el binocular, porque yo lo quiero ver todo el tiempo, todo el tiempo... —gesticula-

ba, como un mantra, antes de salir al concierto, desde la puerta de su casa.

\*\*\*

El álbum *Dedicado a Antonio Machado, poeta* fue el quinto de su carrera y el segundo en castellano después de *La Paloma* (que recopilaba simples grabados, originalmente, entre 1968 y 1969, como el que le dio nombre al álbum, con el poema del español Rafael Alberti y el argentino Carlos Guastavino, y que siguió con otro en catalán, «El vell», de Joan Vergés). Salió ese mismo año: 1969. Eran once poemas que Serrat modificó de manera muy austera. La excepción fueron las canciones «En Coulliure», escrita y compuesta por él mismo, «Retrato» y «Las moscas», con versos de Machado y música de Alberto Córtez.<sup>12</sup>

¿Un álbum basado en los versos de un poeta censurado y exiliado por la dictadura de Franco? Salió a la calle pese a los temores de la discográfica. Zafiro no confiaba en su venta: lo consideraban poco comercial. La fama de «rojo» del poeta, desconocido para gran parte de la población, no ayudaba. «Si un día cae un libro de poemas en manos de alguien que haya escuchado mis discos, quizá lo lea», le dijo Serrat a Joan Manresa en *Mundo Joven* mientras fumaba Ducados.

La portada era roja, con un retrato del poeta en amarillo y negro. Los poemas de Machado, los compases creados por Serrat y los arreglos y la dirección de Ricard Miralles, fueron grabados en el estudio Fonit-Cetra de Milán, Italia. En poco tiempo, el disco trepó a las mejores listas de éxitos. En el calor de 1969, «La saeta» y «Cantares» sonaban en la radio, insistentes, en medio de las baladas de amor o las canciones pegajosas del verano como «La chevecha», de Palito Ortega. Los temores de la discográfica pronto se disiparon: la revista *Cash-Box* publicó que Serrat vendió 160 mil copias del disco de Machado solo en España.

En los pasillos de la universidad, por fuera de los claustros, más cercano a los bares, fue donde Serrat conoció los poemas de Anto-

<sup>12</sup> Margarita Rivière, una de sus biógrafas, dice que Machado estuvo prohibido «como letrista de Serrat». En: Rivière, Margarita (1998 y 2003) *Serrat y su época*, Algeba Ediciones, Madrid.

nio Machado. Estudiaba Biología y llevaba adelante la milicia en Jaca. Un compañero de la facultad fue quien comenzó a pasarle esos libros: las noches de insomnio, sin televisión, los ayudaron a comentarlos. El joven, de 20 años, se encandiló rápidamente con esos poemas: hasta entonces no había pasado más que por algunos versos de Gustavo Adolfo Bécquer. «Mi contacto con Machado no es de ahora. No me levanté un día y dije: “Bueno, hoy le voy a cantar a Machado”. Además, no fui el primero. De todas maneras, en mí fue un proceso lento, fui llegando a él de a poco. Ahora puedo decir con seguridad que Machado ofrece dos vertientes para el análisis: o fue un profeta que se adelantó a su tiempo, o el mundo no cambió para nada desde entonces».<sup>13</sup>

Manuel Vázquez Montalbán lo comparó con la orquestación que Paco Ibañez hizo de aquellos poemas: «El resultado fue sumamente irregular y discutible. Al modelo de musicación de Serrat, en el que los versos quedaban a veces pendientes de lo que la música quisiera hacer con ellos, se oponía la musicación ajustada, respetuosa, que Paco Ibañez había hecho, o estaba haciendo, de los mejores poetas españoles. Es cierto que el tiempo moroso de un Machado quedaba muchas veces desbordado por lo vibrante del arreglo musical, pero no menos cierto que muchas importantes palabras del poeta llegaron al pueblo gracias a los remaches musicales de Serrat».

El gremio de Libreros de Madrid le mandó una carta a Serrat: fue en agradecimiento por haber colaborado en la promoción y difusión de la obra de Machado. En solo un año, desde la salida del álbum, los libros del poeta se habían vendido más que en toda su historia. Serrat lo agradeció pero dejó en claro: «Si el país no conocía a Machado, antes de que Serrat lo cantara, es culpa del Ministerio de Educación y Cultura que no se ocupó nunca de educar a su pueblo; y que hizo de la educación algo puramente clasista».<sup>14</sup>

Serrat se fascinó también por Miguel Hernández, cuya vida y obra —y sobre todo cuyo ejemplo— se ajustaban bastante a un arquetipo de luchador contra el fascismo: el ideal al que aspiraban todos por aquellos tiempos. Entre las mejores ediciones de estos poetas esta-

<sup>13</sup> «Facciones: Joan Manuel Serrat», *Siete Días*, 13 de febrero de 1972.

<sup>14</sup> «Golpe a golpe, verso a verso», por Sorayda Peguero Isaac, *El Espectador*, 13 de agosto de 2014.

ba la confeccionada por Gonzalo Losada, un republicano exiliado, que las preparaba con lomo blanco desde 1938 en Buenos Aires: Elvio Romero, Rafael Alberti, León Felipe y Oliverio Girondo. «Una razón de gusto poético y una de necesidad heroica juvenil, la que lleva a que el personaje de un hombre asesinado por el franquismo, aunque murió de tuberculosis, se convierta en un modelo de vida».<sup>15</sup>

\*\*\*

En la televisión de Argentina, los sábados siempre tuvieron muy buenos picos de rating. Quizás, por eso, en 1962, Nicolás «Pipo» Mancera lanzó un programa de ocho horas donde no sólo domó leones: también se sumergió encadenado en el río, se tiró en paracaídas, se metió en las cloacas de la ciudad, se desmayó frente a las cámaras y descubrió nuevos talentos, entre actores, músicos y futbolistas, como Diego Maradona, que a los 10 años no pasaba del metro de altura. En 1967 alcanzó el mayor nivel de audiencia con el casamiento, en vivo, de Evangelina Salazar y Ramón Ortega. Fueron 82 puntos de rating. En 1969 —el mismo que debutó Serrat— también transmitió el Festival de Venecia por satélite: fue la primera vez que la televisión mostraba esos avances en la comunicación a través del océano.<sup>16</sup>

<sup>15</sup> La idea de componer canciones basadas en la obra de Machado o Hernández surgió por esa época, pese a que Alberto Cortez, en la Argentina, y Paco Ibáñez, en Francia (con poemas de Góngora y García Lorca), también ya le habían puesto música a los versos de estos poetas. Arturo Cavallo, el primer productor que tuvo Cortez en Buenos Aires, aseguró que «cuando Alberto debutó en televisión en los *Sábados Circulares* de Mancera, vestido de soldado concripto por ser desertor» ya se habían escuchado esos poemas. En la canción catalana también eran conocidos varios ejemplos: Raimon, con un álbum sobre Espriu, o el disco de Guillermina Motta con poetas de diferentes épocas. En la canción francesa también George Brassens, Leo Ferré o Yves Montand hicieron canciones con versiones de poetas.

<sup>16</sup> El programa pasó por los canales 11, 9 y 13. Se mantuvo al aire, sin interrupciones, hasta 1974, y continuó de manera alternada hasta 1978. Fueron entrevistados desde Geraldine Chaplin y Marcello Mastroianni, hasta Sophia Loren y Sean Connery. «¿Qué significado tenían cosas concretas como arrojar en paracaídas o batir un récord de permanencia acuática?», le preguntó

Las transmisiones regulares de televisión, durante la década del cincuenta y sesenta, arrancaron en Argentina con programas musicales que emulaban a la radio. Los grandes cantantes de la época los frecuentaban para tocar en pequeños recitales, lo mismo que las nuevas figuras que eran convocadas para los programas de mayor suceso. Entre 1965 y 1972, por ejemplo, la televisión de Brasil asistió a su mayor interacción con la música popular con festivales de canciones memorables. En la Argentina, todo decantaba, en cambio, en el programa de Mancera.<sup>17</sup> «Nació en Barcelona. Le dicen Nano, tiene 26 años, alma de granjero pobre y destino de pescador sin barca, pero con ese talento de un trovador déjelo todo y CANTE, CANTE, FLACO SERRAT», lo presentó la revista *Gente*, el 18 de diciembre de 1969, con un reportaje a doble página.

Los tiempos en los que Alfredo Capalbo precisaba convencer a los productores o directores de los canales para que Serrat actuara en sus estudios se evaporaron.<sup>18</sup> Un poco de maquillaje y el seseo —tan seductor— de Serrat lograban colmar un set de tevé. El empresario, muy amigo de Pipo Mancera, aceptó el ofrecimiento cuando le propuso llevar a Joan a *Sábados Circulares*, que era transmitido por Canal 11 y después pasó al 13. Serrat —maravillado con el olor de las escenografías recién pintadas o el calor de las luces de los estudios del canal— dejó *Sábados de la bondad* de Canal 9. Las canciones de *Dedicado a Antonio Machado*, poeta corrieron como agua, y le valieron la concreción de conciertos por toda la Argentina y la llegada a América latina: el programa de Mancera era retransmitido, en simultáneo o en diferido, a televisoras de todo el continente.

El joven, polera blanca y saco oscuro, enérgico, apasionado frente a las cámaras, cruzaba el micrófono de mano en mano, mientras can-

---

Carlos Ulanovsky a Pipo Mancera en una entrevista en *La Opinión*. «A mí como periodista no me gusta repetir mecánicamente lo que me dicen. Si voy a investigar qué se siente a 40 metros debajo del mar, no quiero repetir lo que me diga el señor Cousteau. Antes prefiero bajar y sentirlo».

<sup>17</sup> Severiano, J. (2008). *Uma história da música popular brasileira*. Editora 34, São Paulo, pp. 346-347.

<sup>18</sup> Serrat cobraba unos 5.000 dólares por cada actuación en el programa de Mancera. El conductor, por ese tiempo, renovó su contrato con Canal 13 por una década: fue un caso único en la tevé local.

taba «Llantos y coplas». Mancera lo presentaba frente a una platea de muchachas jóvenes y alguna que otra señora que lo miraba expectante: deseosa. Una orquesta lo secundaba en el concierto de Canal 11. La cámara se alejaba y se acercaba sobre los gestos tan certeros de aquel muchacho andrajoso que Romay había rechazado, en un primer momento, por «impresentable».

«A Serrat lo traje al país, pero también a Palito Ortega cuando se llamaba Nery Nelson (...). Yo hacía castings todos los viernes a la tarde, donde probaba gente nueva, y un día apareció Sandro. Yo no estaba en el estudio, estaba el director, que me llamó y me dijo: “Hay un muchacho al que quisiera que vieras”. (...) Cuando lo vi me di cuenta de que era muy parecido, no a Elvis Presley como mucha gente dice, sino a Johnny Hallyday, el famoso cantante francés, y dije: “¿Por qué no te sacás el saco, lo tirás y cantás?” (A Serrat) lo recuerdo simplemente como uno de los tantos que yo presenté: Violeta Rivas, Néstor Fabián, Chico Novarro, que se llamaba Micky Lerman, que tocaba la batería y cantaba al mismo tiempo», rememoró Nicolás Mancera.<sup>19</sup>

\*\*\*

El olor de las barricadas de El Cordobazo era reciente. Los estudiantes y los obreros de las fábricas de las principales ciudades de la Argentina mostraban su descontento. La dictadura de Juan Carlos Onganía, iniciada en 1966, mostraba sus dientes con una represión sostenida y las prohibiciones de actividades sociales, políticas o culturales desde La Noche de los Bastones Largos hasta ese mismo verano de 1970.

En ese marco, los carnavales eran una olla a presión donde descomprimir la censura y el autoritarismo que sudaban las calles de la época. Serrat no era ajeno a ese fenómeno en medio de los disfraces, las varitas y los plumeros coloridos de las comparsas.

—¿Es gallego, no?

—No, no, es catalán, ca-ta-lán —aclaró Daniel, mientras sonaban los primeros acordes.

<sup>19</sup> Mancera fue entrevistado en *Hemisferio Derecho*, el programa que condujo Luis Majul en Canal (á). Los reportajes fueron compilados, después, en el libro *Confesiones Argentinas. Un viaje por el alma de las personas que admiro*, Sudamericana, 2006.

El presentador pidió silencio y anunció su nombre, solo que nadie parecía conocerlo. Sobre el final de la primera canción, «Manuel» —dedicada a su abuelo—, no se movía ni una mosca. Terminó de cantar y lo aplaudieron. Después, dijo que le gustaba tanto la Argentina y que lo emocionaba estar allí. Sonaba sincero:

—Esta es mi última presentación en vuestro país y estoy feliz de hacerla en un club pequeño y popular porque me recuerda a los de mi tierra, donde yo iba y todavía voy cada vez que puedo.

En el Club Villa San Carlos de Berisso, Daniel y Telma —que no disimulaba su quinto mes de embarazo— lo escucharon junto a otros dos matrimonios de amigos. Sobre el final, Serrat se paseó por las mesas y se paró frente a la muchacha:

—¿Qué quieres, una niña o un varón?

Le dijo que les daba lo mismo y le contaron, fugazmente, que trabajaban en el frigorífico.

—Como la mayoría de por acá.<sup>20</sup>

Sara Facio, en cambio, se lo topó en la redacción del diario *La Nación*. Lo retrató al instante: llevaba una guitarra, iba sonriente, descontracturado. Le encantó. Después volvieron a verse más adelante: cuando cubrió un concierto en el Luna Park a beneficio de la parroquia Cristo Obrero, en la Villa 31, al frente de la cual estaba un cura que trabajaba por los pobres: el padre Carlos Mugica. Esa noche, Serrat actuaba junto a María Elena Walsh.<sup>21</sup>

En la despedida de los escenarios de la Argentina, cuando arrancaba el mes de marzo de 1970, el conductor de radio Edgardo Suárez conversó con Serrat para la revista *Extra*. En la foto, el cantante, de pelo largo hasta los hombros, afirmaba, «entre el hombre y Dios, elegiría al hombre». El diálogo, en aquel reportaje, fue amplio y marcaba parte de esas primeras preocupaciones sociales y políticas, y la revuelta que significaron aquellos conciertos en el final de una década turbulenta:

—La realidad compleja puede ofrecernos soluciones. Tú abres, por ejemplo, la página de un diario y ahí está el mundo. Creado a

<sup>20</sup> Este fragmento pertenece al primer tomo de *La Voluntad*, de Eduardo Anguita y Martín Caparrós, Planeta, Buenos Aires, pp. 354-357.

<sup>21</sup> El padre Mugica fue asesinado el 11 de mayo de 1974 por un grupo parapolicial: la Triple A.

imagen y semejanza de los factores de poder que quieren acceder al poder absoluto. Yo te respondo: cuando leéis *Crónica*, *Le Monde*, *el ABC*, *La Nación*, ¿estáis seguros que todo marcha como se muestra allí? Hay que buscar, señalar con un dedo al culpable, quebrar esos centros de presión que hacen estallar la furia hasta sacudir los cimientos de la sociedad. Un hombre no puede estar solo. Mis canciones no pueden llegar a una sola gente. El mundo es toda la gente. A cada uno, el prójimo le debe algo. Hay que obligarlo. El pobre sigue allí, tirado en una esquina, anónimo. Vas por la calle y alguien sufre. ¿Somos todos responsables? ¿Hasta dónde podemos evadirnos? No. Creo que no. El artista cumple un trabajo. Es parte de la sociedad. En esa sociedad, en nuestra sociedad que no da ni pide tregua, buena parte de las llamadas buenas costumbres se ha venido abajo. En mi país existen los mismos problemas que en tu país. En mi tierra hay el mismo sufrimiento que en otras parte de la Tierra. Debemos usar de nuestro poder de convicción, si lo tenemos, para acceder a esa otra realidad.

—Creo que estamos ante el advenimiento de un hombre nuevo. Los niveles de conciencia son otros. Hoy, la mentira se descubre. La vida ya no está para mentiras. Sufrir no es doblegarse. Sufrimos. Pero no estamos conformes. El cambio no significa darse cuenta. Hay que darse cuenta y actuar. La fuerza del miedo es poderosa. Pero la fuerza de la razón es más fuerte. Entre la aventura y el orden, elegimos lo primero. Hoy la juventud marcha hacia la aventura. Es un poco como tu canción...

—Cierto. Crear sobre la marcha. El tiempo urge demasiado.

\*\*\*

El mes de febrero se apagó y los carnavales dejaron su estela de sueños, corsos y disfraces. Serrat voló de regreso a España. Joaquín Soler Serrano se encontraba entre los periodistas que se subieron al avión de retorno y fue quien transmitió, en directo, el acontecimiento de aquella primera gira. Bajo el título «Mis aventuras en América», el cantante escribió sus impresiones de aquel viaje por el continente en el Número 1.117 de la revista *Fotogramas*. Salieron publicadas el 13 de marzo de 1970, donde adelantó: «Instalaré un departamento en Buenos Aires» y, más tarde, en octubre, rodaré una película en Argentina».

«Escribir breve y atolondradamente mis impresiones sobre este recorrido de cinco meses por América se me hace en verdad, difícil. Es como si intentara reunir muchísimas ideas esparcidas por mi cabeza para ordenarlas».<sup>22</sup>

El relato de la bitácora continuaba con el conocimiento de las tradiciones musicales del continente, sobre todo en la Argentina, donde Serrat se topó con «compositores de extraordinaria calidad». Y explicaba, poco después, por qué Buenos Aires «haya parecido una de las mejores ciudades sudamericanas para vivir. Es posible, incluso, que busque un apartamento allá. Ahora bien, quienes dominan las listas de éxitos son los mismos títulos que en todo el mundo. Ahora está de moda “Venus” como meses atrás lo estuvo “Sugar, sugar”. Propiamente de allí hay un intérprete muy popular: Sandro. Se hace llamar Sandro, el gitano, y lleva un “show” muy espectacular y característico. Allí tiene mucho éxito pero en Europa no creo que tuviera tanto, máxime cuando aquí tenemos la versión original de lo que hace este hombre de veinte y pico de años. La versión original es un cantante armenio, bajito, delgado... Leonardo Favio también ha sido una figura importantísima allí. Pasó, hace muy poco, por un bache a causa de ciertas actitudes personales, pero parece que ahora vuelve a empujar fuerte».

La pasión por Atahualpa Yupanqui nació en este primer acercamiento, que Serrat describió en su diario con creces: «Una cosa que tienen en Sudamérica es su folclore, extremadamente rico, y, en muchos casos, poco explotado ni maleado. Pero tiene unos cultivadores especializados como Atahualpa o los hijos de Violeta Parra o algunos grupos de jóvenes (...). Es una lástima que existan países poseedores de un riquísimo folclore y que no se preocupen por trabajarlo», se lamentó. Más adelante, sin embargo, se mofó de la música de protesta: «Allí lo que se usa mucho es la denominación de “cantante de protesta”. Te dicen “usted canta de protesta”, por-

<sup>22</sup> *Fotogramas* era una revista de cine que concedió una gran cobertura a Serrat durante los años sesenta y setenta, dedicándole numerosas portadas, entrevistas, reportajes, reseñas. Las giras americanas, como las presentaciones en Barcelona y Madrid, fueron seguidas con gran atención. La crónica sobre su primera gira por tierras americanas fue uno de los pocos textos periodísticos del cantante en esa época.

que para ellos solamente que digas en tus letras cualquier tontería ya eres de protesta».

Serrat, que no pasaba de los 26 años, se deshizo en elogios hacia Buenos Aires, donde anunció su regreso de dos meses, y las posibilidades de filmar una película: «Salimos de España a conquistar nuevos mercados porque teníamos unas ganas enormes de hacerlo y porque si mis canciones en boca de otros habían pegado bien, ¿por qué no podíamos hacerlo nosotros? La cosa ha ido bien y el 20 de mayo vamos a volver por otros dos meses y medio por allá, a cumplir unos contratos que tenemos firmados. (...) en octubre posiblemente convertiremos en realidad una película con el director Fischerman, que es, posiblemente, el único realizador absolutamente independiente que hay por allí».

Los planes —o el amor, quién sabe—, por la Argentina, estaban, definitivamente, en marcha. Era, como lo definió, un latinoamericano de Barcelona. Fue el primer año de su vida, además, que tuvo dos primaveras.